



De literatura y otros asuntos

Encuentros y desencuentros

Judith Pérez Soria*

Eran las cinco de la mañana. Los gallos daban sus últimos cantos al tiempo que los perros comenzaban los suyos. Bajaban por la vereda más larga, pero menos empinada, que conduce a esa comunidad zapatista olvidada por todos después de que la historia repitiera la toma de la ciudad de México. Cansados antes de empezar, sus mentes vagaban pensando en los días que le restan a la semana siendo lunes, en el cambio de zona prometido por el jefe del sindicato y en los planes al salir de la comunidad, de la escuela y de los niños. Caminaban despacio los dos maestros, hartos de la vida en la escuela, de la tierra sin cemento, del camino sin transporte y de la rutina.

Mientras, el cafetal guardaba celosamente a los hombres que lo trabajaron hace tiempo para expulsarlos de su seno en el momento planeado, y contribuir a mitigar la mala cosecha, los precios bajos, el mercado y su desigualdad. Justo en el momento en que ciudad y campo se juntaran en la vereda, el cafetal dejaría ver lo que oculta entre las hojas y el alba.

Cada cual con sus planes en el porvenir, cada cual intentando satisfacer imaginariamente sus necesidades, sin pensar que el destino los uniría a unos cuantos metros.

Salieron los tres hombres queriendo ocultar su identidad; pidieron el dinero de la quinceña a los asustadizos maestros. La navaja y el machete demostraron sus habilidades de convencimiento. Con el dinero huyeron por el monte mientras los maestros recuperaban el aliento.

El miedo hizo apresurar el paso de los unos, mientras que a los otros el dinero y la facilidad del acto los motivaba a correr entre plantas por esta tierra más que suya. Pero el sol no ayuda mucho en tierra de madrugadores y los primeros campesinos ya iban rumbo a sus milpas. Los maestros narraron el robo y motivaron a los dos campesinos a buscar a los “ladrones”. Se metieron entre el monte con machete en mano, buscando por los rincones con el coraje como guía.

A lo lejos vieron a un hombre solo, orinando sin prisa alguna, pero sólo uno; uno de los tres. Por si las dudas se acercaron con cautela.

—Así que muy valiente, con dinero y sin trabajo.

Ni siquiera tuvo tiempo de contestar cuando el calor de la herida subió de intensidad. No tuvo tiempo de gritar su dolor. Una y otra vez el machete entró en su cuerpo. Al final, el paliacate que cubría medio rostro dejó descubierta la otra mitad de identidad.

No había más. Era sólo un joven de 17 años, crecido en la comunidad. La ira se convirtió en miedo. Cavaron un hoyo rápido. Enterraron el cuerpo. No cabía. Cortaron sus extremidades. Acomodaron todo, tierra y una piedra encima. Se autohirieron. Corrieron a la carretera. Tomaron un camión a la cabecera municipal.

Pronto el rumor invadió pueblo... robaron a los maestros, llegaron unos macheteados, desaparecieron los ladrones, hay un muerto, no tienen manos, desaparecieron los ladrones, renunciaron los maestros, detuvieron a los macheteados, llegaron los Derechos Humanos... ¿llegaron los derechos humanos? ~

* Judith Pérez es asistente de investigación en la línea Gestión Comunitaria de los Recursos Naturales de ECOSUR (jsoria@sclc.ecosur.mx).